

## VI

*El Ramadán*

La representación del Belén viviente fue todo un éxito para los padres y madres, especialmente para los de Abderrahim que era la primera vez que asistían a una obra de este tipo en una escuela. Aicha, la madre, no se enteró de los diálogos pero disfrutó viendo a su hijo ataviado con el traje que ella misma le había hecho. Marina estaba también contenta a pesar del incidente que protagonizaron Raúl y Abderrahim en plena actuación. A Pepe le correspondió el papel del pastor que anunciaba la aparición de una estrella. Tenía que irrumpir sobresaltado en escena haciendo grandes gestos con las manos y señalando el cielo de papel azul por el que una mano oculta desplazaba una estrella de papel de plata. Los dos amigos lo tenían bien pensado.

—Antes de que salga Pepe al escenario, nos colocamos los dos a su lado. Yo le doy un empujón y tú le echas la zancadilla al mismo tiempo —le dijo Abderrahim a Raúl.

—¡Vale! —le contestó Raúl con sonrisa de auténtico picaro sin pararse a pensar en las consecuencias.

"Un ángel nos ha..." y sin acabar la frase, Pepe rodó cual largo era por todo el escenario ante las carcajadas de toda la clase y la sorpresa de la profe. El gorro se le cayó y la mochila se le dio la vuelta. Se incorporó con lágrimas en los ojos y mirando con rabia poco contenida a los dos amigos que se tapaban la boca con las manos. La frase completa le salió a trompicones. Pepe les acusó ante la Señó y ellos lo negaron diciendo que se le habían enredado los pies en los cables de las luces. Palabra contra palabra, los dos amigos se libraron de un buen castigo.

Volvieron de vacaciones y el primer día de clase cada alumno contó lo que les habían traído los Reyes Magos o Papá Noel: juegos de vídeo-consolas, bicicletas, juegos reunidos, muñecas que hablan y hacen pis solas, mono-patines con motor, balones reglamentarios...

—¿Y a ti, Abderrahim? —le preguntó Marina.

—Nada, como somos musulmanes... Bueno, los papas de Raúl me han regalado un balón de fútbol —contestó Abderrahim mirando de reojo y con agradecimiento a su amigo.

—¿Ya se conocen vuestros padres?

—No, aún no. Pero este mes, seguro porque como es el mes de Ramadán, mis papas van a invitar a cenar a los padres de Raúl.

—Muy bien, muy bien, a eso se le llama integración, buena convivencia, aunque seamos diferentes. Por cierto, ¿cómo es Rabadán o Ramadán?

—¡Ramadán! Es el nombre de un mes de nuestro calendario, me parece que el noveno.

—Nos tienes que contar algún día en qué consiste o te lo cuenta tu padre y tú lo escribes.

—¡Vale!

Nunca se hubiera imaginado Abderrahim el protagonismo que estaba teniendo entre tantos cristianos. Lo que no apreciaba Marina es que tantas atenciones estaban originando el rechazo de un pequeño sector de la clase.

Salieron al recreo y Raúl bajaba comiéndose el bocadillo por las escaleras. Abderrahim lo miró con apetito.

—¿No traes hoy bollo? Si se te ha olvidado, te doy un pedazo del mío —le invitó Raúl.

—No, es que hoy hago Ramadán y no puedo comer nada hasta que suene el cañón, digo hasta que sea por la tarde.

—¿Todos hacéis el Ramadán, eso de no comer por el día?

—No, solamente los mayores pero nosotros nos vamos entrenando y solemos hacer algún día al mes, especialmente el día 26 de ese mes.

—¿Por qué ese día?

—Ese día te conduce a la noche del 27 que se le llama en árabe *Lilat al Qadr* o Noche del Destino o del Poder. Es la noche más importante del año y todo el mundo se lo pasa rezando en las mezquitas.

Dicen que bajan los ángeles a la tierra y todo lo que les pidas, se te concederá. Yo, la verdad, aún no he pedido nada. Bueno, pedí una noche que no me sacaran de mi pueblo pero como no era la Noche del Destino, pues mira, aquí estoy. No me arrepiento.

—¿Cómo pueden aguantar las personas sin comer todo el día? ¡Qué cosa tan rara!

—Es cuestión de acostumbrarte. Yo le he oído decir a mi padre que se pasa muy mal los primeros días pero luego... Pero si supieras lo bien que se lo pasan en las ciudades. Cuando suena el cañón, la ciudad se queda desierta, todo el mundo se recoge en sus casas para hacer la primera comida o el desayuno.

—¿Disparan un cañón?

—Sí, porque así se entera toda la gente de que ya se puede comer.

—¡Qué *gua-j* ver disparar un cañón de verdad!

—Lo mejor llega después. Dice mi padre que todas las calles se llenan de gente, abren las tiendas y las cafeterías toda la noche hasta que unos señores recorren las calles tocando un tambor que quiere decir que "a por la última comida ya que va a empezar otro día de ayuno". En los pueblos es más aburrido porque no cambia nada, todo sigue igual, lo único es que comemos un poco mejor.

Antes de que sonara el timbre, Abderrahim propuso a su amigo ir esa tarde al río otra vez

—Yo, con tal de estar a la hora de hacer la primera comida del día en mi casa...

—Vamos solos o se lo digo a Juanito, Mariano y Driss.

—Como quieras. Estamos en el mes dos y he visto en el cielo una bandada de grullas. Mi padre dice que cuando vuelven las grullas de África, va a comenzar el buen tiempo. ¿Te has fijado cómo vuelan?

—No, yo casi nunca miro al cielo a no ser que oiga un avión de esos que explotan y sueltan humo.

—Pues el cielo nos puede enseñar muchas cosas. Las grullas van en forma de flecha, una delante que hace de piloto y guía y las otras se reparten en dos filas. Son listas, de verdad. No necesitan mapas ni carreteras, ellas saben dónde

van y de dónde vienen.

Aunque el sol de aquella tarde de febrero no calentaba demasiado, los chicos llegaron al río con las sudaderas atadas a los riñones.

—No hagáis ruido —les dijo Abderrahim asomando la cabeza entre las espadañas.

—¿Por qué? —le preguntó Driss.

—¿Tú eres de pueblo o de ciudad?

—Yo soy de Casablanca.

—Claro, normal, por eso no sabes que en esta época, cuando va a comenzar la primavera, todas las aves de los ríos están haciendo sus nidos, incluso alguna de ellas ya puede tener los huevos —afirmó Abderrahim sintiéndose importante ante todo el grupo.

Introdujeron sus cabezas entre las aneas y salieron disparadas dos ánades.

—Esas tienen el nido por aquí cerca, vamos a buscarlo —les dijo Abderrahim—. Tenéis que pisar encima de donde haya más matojos para no mojaros los pies. Abrid las espadañas que estén medio rotas porque cerca puede estar el nido.

—¡Aquí, aquí!—gritó Mariano.

—¡No chilles, *melón* —le recriminó Abderrahim— que vas a espantar a las demás!

—¿Dónde? ¡Ahí va, ya me he calado las dos deportivas! —dijo Driss mirándose los dos pies.

El nido aún no tenía huevos pero ya estaba acabado. Abderrahim posó una de sus manos dentro y comprobó que estaba caliente.

—¡Eh, mirad, éste tiene dos huevos! —gritó Raúl.

—¡A ver, a ver! —dijeron todos a la vez.

—No se os ocurra tocarlos. Tienen pintitas para que se confundan con el carrizo.

—¿Por qué? —le preguntó Mariano.

—Para que las culebras no los vean, aunque son muy listas y los huelen —le contestó Abderrahim ya con los pelos de punta solamente de nombrar a las culebras.

—Ojalá viéramos alguna —dijo Driss.

—*Mchi riel jará* —le contestó en árabe y de malas maneras Abderrahim.

—¿Por qué las tienes tanto miedo? —le preguntó Raúl.

—Son viscosas, asquerosas, siempre con la

lengua fuera partida en dos y además porque mi abuelo me contó una historia de una culebra y desde entonces las tengo tanto miedo...

—¿Qué historia? —insistió Raúl con curiosidad.

—Cuando mi abuelo era pequeño, en su pueblo, una mujer tenía un hijo al que daba teta todos los días. El niño era muy llorón y la madre lo acostaba junto a ella. Cuando lloraba, le arrimaba la teta y ella seguía durmiendo. Pero aquel niño por más que mamaba, no engordaba y la madre comenzó a preocuparse. Lógicamente le llevaron al *fkih* pero éste no encontraba solución aunque se dio cuenta de que allí pasaba algo raro. La madre le observaba por las noches y no veía nada raro. Pero una noche en la que el niño estaba mamando en silencio, la madre se despertó y vio sobre su cama una serpiente que chupaba de su teta.

—¡Ay madre! —dijeron todos al unísono.

—Pues sí, la muy lista metía su rabo en la boca del niño para que se callase y mientras, ella se aprovechaba de la leche de la madre. A aquella señora le costó mucho tiempo olvidar y dice mi abuelo que se cambió de casa. Desde entonces las tengo tanto miedo que tengo pesadillas y solo de hablar se me erizan los pelos.

Recorrieron las orillas del río tirando piedras hasta llegar a una chopera. Sobre una salguera enorme había dos grajillas. Abderrahim se agachó, cogió dos piedras para tirárselas y al levantar la vista vio un nido de cigüeñas.

—¡Ahí va, aquí están las cigüeñas del Buhali!

—¿Quién es ése? —le preguntaron.

—Un loco del pueblo de mi abuela que desapareció para buscar a las cigüeñas y nunca más se le vio por el pueblo. Seguro que está Buhali por aquí, pero cualquiera le encuentra. Dice mi hermana que se convirtió en cigüeña...

—Yo creo algunas veces que estás un poco loco —le dijo Raúl.

Abderrahim se sonrió, no prestó mucha atención a lo que le dijo su amigo y se dio cuenta que el sol estaba muriendo.

Al entrar en su casa se encontró con las tazones de sopa humeante sobre la mesa, los platos

de dátiles, higos secos y cacahuets, vasos con zumo de naranja y zanahoria, la tetera, las pastas, las *shubaquías*. Todo estaba preparado para la primera comida de ese día de Ramadán. Mohamed, el padre, miró los papeles sobre los horarios de los rezos que se los habían mandado de la Mezquita de Madrid.

—¡Ya es la hora! Voy a rezar.

Todos esperaron alrededor de la mesa a que finalizase.

-¡*Bismil-lah!* —dijo el padre cogiendo el tazón con ambas manos y dando grandes sorbos a la harera.

Todos bebían sopa entre trozo y trozo de los demás alimentos.

—Abderrahim, ¿qué tal el día? ¿Has aguantado bien el ayuno? —le preguntó el padre.

—Bien, Raúl me quería dar un trozo de su bocadillo. No entiende bien lo de no comer por el día. Por la tarde hemos ido al río y se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta —le contestó Abderrahim.

—Tened cuidado. ¿Saben los padres de tus amigos que van al río?

—No lo sé. Yo creo que se lo pasan bien, aprenden muchas cosas. Yo creía que los niños españoles sabían más cosas de los animales y las plantas.

—Aquí tienen otra forma de vivir y se divierten con otras cosas.

—Será porque las tienen, si no las tuvieran...

—Mira, mañana, si pueden venir, vas a invitar a los padres de Raúl a cenar a casa. Así nos conocemos y aprenderán algo de nuestras costumbres para que vean que no somos tan raros.

—*Jo, baba*, a mí me da vergüenza. Yo se lo digo a Raúl mañana en el colé y por la tarde ya me dará la contestación.

—¡Vale! Aicha, —se dirigió a su mujer— preparas un *tayine* de cordero y le pones todas las cosas que lleva.

—No tengo almendras ni ciruelas secas — le contestó Aicha.

—Cómpralas por la mañana en el supermercado.

—Si no sé hablar. ¿Cómo las voy a pedir?

—Tranquila, las buscas, las coges y las llevas donde cobran.

En Marruecos las mujeres no tienen por costumbre salir a la compra. Piden al marido lo que hace falta y es éste quien lo compra. Ellas se encargan de preparar las comidas y atender a los niños pero todo dentro de la casa. El reino de la mujer suele ser la cocina. Otra costumbre más.

Radia y Abderrahim se ducharon y se acostaron. Mañana no harían ayuno pero sí tendrían colegio. El niño antes de acostarse, se asomó por la ventana para despedirse de "Luz de la noche". Estaba nublado. Hoy no la vería pero se consoló pensando que dormiría con unas sábanas algodonosas de nubes nuevas.

Una luz cegadora que llenaba toda la habitación, le hizo abrir los ojos. En el centro de la puerta de su habitación y aumentada la imagen por la sombra de las luces, se erguía una cobra enorme que le miraba fijamente a los ojos y le invitaba a acompañarla. Se aferró a los laterales de la cama y hasta ella se acercaron dos serpientes de tamaño mediano que le despegaron las manos sin violencia y le condujeron a través de unos pasillos sin final a una gran sala. La gran cobra tomó asiento en un trono real mientras las demás serpientes le hacían una gran reverencia. Abderrahim se restregó los ojos con fuerza, se pellizó en las manos e intentó escapar pero sus pies permanecían pegados al suelo. Se hizo un silencio y habló la reina de las serpientes:

—Este muchacho —se dirigió a un grupo de boas que llevaban pelucas blancas— nos odia, nos tiene miedo porque toda su vida se la ha pasado matando a muchas de nuestras hermanas sin motivo justificado y sin apreciar que si estamos en la tierra, es porque la limpiamos de toda clase de alimañas. No somos malas, somos necesarias para que exista equilibrio en la naturaleza. Yo te acuso ante este tribunal y será él quien decida cuál debe ser tu castigo.

A Abderrahim comenzaron a fluirle grandes lágrimas que resbalaban por la cara y se paraban en sus labios haciéndole percibir un sabor salado que le hacían sangrar por la boca.

—No, pero si yo... —balbucía el niño sin saber qué decir.

El grupo de boas cuchicheaba en voz baja hasta que la que estaba sentada en el centro se dirigió a la reina con voz solemne:

—Majestad, —la cobra se colocó sus enormes gafas— este tribunal ha decidido por unanimidad que este niño vivirá todo lo que le quede de vida con nosotras, en nuestro palacio. Necesitará un tiempo de adaptación y lo pasará en una celda vigilado por dos culebras de agua.

—No, yo no, yo me quiero ir con mis padres —gritaba y protestaba Abderrahim mientras un coro de serpientes diminutas entonaba una canción lánguida y triste.

—Se hará como el tribunal ha decidido —dijo la reina retorciendo sus fauces mientras hablaba y sacando su lengua bífida con frenesí—. ¡Que sea conducido a los sótanos de palacio!

Tres serpientes de cascabel comenzaron a hacer sonar sus colas y Abderrahim sin darse cuenta, se vio suspendido por los aires y dirigido hacia la parte baja del palacio. Dos culebras estaban delante de la puerta de la celda en la que fue encerrado. El cuarto no tenía ventanas ni puerta pero desde dentro se veía con claridad todo lo que sucedía fuera. Abderrahim hundió sus manos en lo invisible pero siempre tropezaba con algo irreal que le impedía escaparse.

Comenzó a llorar. Lloraba sin ganas pero sin parar. Las lágrimas cada vez eran más grandes y ya no le resbalaban por las mejillas, caían directamente al suelo invisible de su celda. No desaparecían, unas se mezclaban con las otras y lo que en un principio fue un charco pequeño, se fue convirtiendo en una gran masa de agua salada que le fue cubriendo poco a poco los pies, las rodillas, la cintura, el pecho...

—Me voy a ahogar en mis propias lágrimas. ¡No puede ser! ¿Por qué no desaparecen?

Le cubrieron los hombros y el cuello. Cuando le llegaban a la barbilla tuvo que hacer un gran esfuerzo y levantar la cabeza para no tragárselas. Se sentía húmedo, mojado, empapado, agobiado... Sin tener dónde asirse y sin poder levantar más el cuerpo, dio un grito desgarrador y de impotencia...

—¡Mamá, mamá...!

Abrió los ojos y todo lo que vio fue oscuridad. Sintió a su lado el suave respirar de su hermana Radia. Se tocó el cuerpo y...

—¡Ahí va, me he meado! ¡Ha sido una pesadilla!

Respiró con nerviosismo y cuando se levantó le dijo a su madre:

—Mamá, me he hecho pis en la cama. No me había pasado nunca pero es que he tenido un sueño horrible y...

—No pasa nada, hijo, —le interrumpió su madre— dúchate. A algunos niños les pasa y no tiene importancia. ¡Ah, no se lo digas a tus amigos porque se pueden reír de ti!

—Es que las serpientes...

Por la tarde del día siguiente, a punto del atardecer, cuando no se ve un hilo en el horizonte y es la hora de la primera comida de un día normal de Ramadán, la familia de Abderra-him estaba preparada para recibir por primera vez desde que estaban en España, a una familia cristiana. La mesa del comedor estaba cubierta con un mantel blanco y sobre él, conformando una auténtica paleta de pintor, muchos platos pequeños con aceitunas verdes y negras, pisto de berenjenas, tomates y pepinos, higos secos, dátiles, cacahuetes, *shubaquías*, pastas de forma de media luna y triangulares, tazones vacíos, vasos de colores, dos jarras con zumos de naranja y zanahoria. Los padres, Mohamed y Aicha, se habían vestido con ropas típicas de su país. El padre llevaba una chilaba blanca y unas babuchas amarillas y la madre, un *kaftán* bordado con hilos de plata con un cinturón dorado y unas babuchas brillantes. A la madre se le notaba bastante su embarazo.

—Abderrahim, quiero que especialmente hoy te portes bien. Cuando terminemos de cenar, Radia y tú os vais con Raúl a vuestra habitación. La visita durará poco porque es la primera vez que vienen, así que... ya sabéis - les dijo Mohamed a los dos señalándoles con el dedo índice levantado.

Los dos hermanos estaban a punto de estallar de alegría. Nunca hubieran imaginado que el primer mes de Ramadán de España pudieran tener visita de españoles.

